

dicho, con el disgusto que no podía menos de advertir en todos los que no ejercian cargos públicos, por mas que él se esforzaba por hacerse aceptable, mostrando una amabilidad que ciertamente no le era violenta. No podia suceder de otro modo, dominando en aquellos oprimidos pueblos el mismo espíritu patriótico y anti-francés que en el resto de la nacion, alzada toda; donde quiera que la fuerza estrangera no la ahogaba, y donde quiera que el sentimiento nacional habia tenido un respiro para poder significarse, aun venciendo dificultades y sosteniendo choques sangrientos. Y todavía la Gaceta de Madrid (¡triste testimonio de lo que se puede fiar en los anuncios oficiales!) presentaba el viage del rey José como el de un monarca deseado, á cuya presencia enloquecian de júbilo los pueblos españoles.

Sin dificultad llegó el 20 de julio á las puertas de la capital. Era ciertamente el camino para él mas desembarazado, escalonadas anticipadamente en toda aquella carrera las tropas francesas por orden de Napoleon. Su entrada en Madrid fué tambien, como era de esperar, fria y silenciosa por parte del pueblo, por mas que el Consejo de Castilla hubiera mandado solemnizarla con colgaduras, luminarias y gala de corte por tres dias. Solitarias y casi desiertas las calles, poco adornados y vacíos de gente los balcones, solo los franceses establecidos en Madrid acompañaban el estruendo de la artillería y el ruido de los caballos de

la comitiva con algunos vivas al rey José, interrumpidos con alguno á Fernando VII. que á distancia y como á hurtadillas se dejaba sentir: recibimiento que por todas estas circunstancias semejaba mucho y recordaba el que cerca de un siglo ántes habia hecho el pueblo de Madrid al archiduque Carlos de Austria, que se titulaba rey de España con el nombre de Carlos III.; y bien puede decirse con seguridad que no era entonces la opinion tan compacta y unánime en favor de Felipe V., como lo era ahora en favor de Fernando VII. José tomó posesion del Palacio real, donde los dias siguientes recibió en córte á todos los altos funcionarios del Estado, consejos y tribunales, generales y oficiales franceses y españoles de la guarnicion, y señalóse el dia 25 para su solemne proclamacion en Madrid y en Toledo, teniendo presente para la eleccion de éste el ser el de Santiago, patron de España.

El ceremonial se dispuso y ejecutó con la misma pompa, suntuosidad y aparato que si el proclamado fuera un rey de derecho legítimo, y hubiera de ocupar perdurablemente un trono que en aquellos mismos momentos estaba siendo combatido en todos los ángulos de España, con pocas mas escepciones que el casco de la capital. La proclamacion oficial fué ostentosa, llevando el pendon real y haciendo de alférez mayor el conde de Campo Alange, á quien luego dió el nuevo rey la grandeza de España. Pero al pueblo

no fué posible alegrarle, aunque se le franquearon gratuitamente los tres teatros, y se espendieron cuantiosas sumas de limosna á los pobres de ambos sexos del bolsillo del proclamado monarca. En aquel mismo día organizó éste con arreglo á la Constitucion el nuevo Consejo de Estado ⁽¹⁾, y nombró superintendente general de policia de Madrid y su rastro al condejero don Pablo de Arribas. Al dia siguiente se comenzó á publicar en la Gaceta de Madrid para su conocimiento y observancia la Constitucion hecha en Bayona, llevando al pie las firmas de todos los que la habian suscrito ⁽²⁾. Solo el Consejo de Castilla y la sala de Al-

(1) Los nombrados fueron: el marqués de las Amarillas, don Ignacio Muzquiz, don Manuel de Lardizabal, don Ramon de Posada y Soto, don José García de Leon y Pizarro, don Ignacio Martinez de Villela, don Manuel Romero, don Antonio Ranz Romanillos, don Estanislao de Lugo, don Pablo de Arribas, don Francisco Angulo, don Juan Antonio Llorente, y don Antonio de la Cuesta y Torre.

(2) Eran éstas las que siguen: Miguel José de Azanza; Mariano Luis de Urquijo; Antonio Ranz Romanillos; José Colon; Manuel de Lardizabal; Sebastian de Torres; Ignacio Martinez de Villela; Domingo Cerviño; Luis Idiaquez; Andrés de Herrasti; Pedro de Porras; el principe de Castelfranco; el duque del Parque; el arzobispo de Burgos; Fr. Miguel de Acebedo, vicario general de San Francisco; Fr. Jorge Rey, vicario general de San Agustin; Fr. Agustin Perez de Valladolid, ge-

neral de San Juan de Dios; F. el duque de Frias; F. el duque de Hija; F. el conde de Orgaz; J. el marqués de Santa Cruz; V. el conde Fernan-Nuñez; M. el conde de Santa Coloma; el marqués de Castellanos; el marqués de Bendaña; Miguel Escudero; Luis Gainza; Juan José María de Yandiola; José María de Lardizabal; el marqués de Montehermoso, conde de Taviana; Vicente del Castillo; Simon Perez de Cevallos; Luis Saiz; Dámaso Castillo Larroi; Cristóbal Cladera; José Joaquin del Moral; Francisco Antonio Zea; José Ramon Milá de la Roca; Ignacio de Tejada; Nicolás de Herrera; Tomás la Peña; Ramon María de Adurriaga; don Manuel de Peláyo; Manuel María de Upategui; Fermin Ignacio Benona; Raimundo Etenhard y Salinas; Manuel Romero; Francisco Amorós; Zenon Alonso; Luis Melendez; Francisco Angulo; Roque Novella; Eugenio de Sampelayo; Manuel García de la

caldes habian repugnado, aunque tímidamente, la publicacion, diciendo que seria una manifiesta infraccion de los derechos mas sagrados el que tratándose, no ya solo del establecimiento de una ley, sino de la estincion de todos los códigos legales y de la formacion de otros nuevos, se obligase á jurar su observancia antes que la nacion los reconociese y aceptase. Acuerdo tardío, que concluyó por doblegarse á la publicacion, y que no dejaba de ser estraño en quienes tan dóciles se habian mostrado ántes en todo lo que iba evidentemente conduciendo á aquel estado de cosas.

Instalado ya José Bonaparte, con mas ó menos inseguridad, en el trono de España, y antes de trazar el cuadro que por este tiempo presentaba ya casi toda la monarquía ardiendo en guerra, principio y exordio de una grande y porfiada lucha entre el ejército invasor de un poder colosal y un pueblo heróico que pugna por defender y conservar su independenciam, conveniente será que demos á nuestros lectores una

Prada; Juan Soler; Gabriel Benito de Orbegozo; Pedro de Isla; Francisco Antonio de Echaque; Pedro Cevallos; el duque del Infantado; José Gomez Hermosilla; Vicente Alcalá Galiapo; Miguel Ricardo de Alava; Cristóbal de Góngora; Pablo Arribas; José Gariaga; Mariano Agustin; el almirante marqués de Ariza y Estepa; el conde Castel-Florido; el conde de Noblejas, mariscal de Castilla; Joaquin Javier Uriz; Luis Marcelino Pereira; Ignacio Muzquiz; Vicente Gonzalez Arnao;

Miguel Ignacio de la Madrid; el marqués de Espeja; Juan Antonio Llorente; Julian de Fuentes; Mateo de Norzagarai; José Odoardo y Grandpre; Antonio Soto Promostatense; Juan Nepomuceno de Rosales; el marqués de Casa-Calvo; el conde de Torre-Muzquiz; el marqués de las Hormazas; Fernando Calixto Nuñez; Clemente Antonio Pisador; don Pedro Larriva Torres; Antonio Saviñon; José María Tineo; Juan Mauri.

idea de los antecedentes, carácter y prendas del soberano que acababa de ceñir la corona de Castilla, impuesto á los españoles por el gran dominador de Europa de la manera y por los medios tortuosos que hemos visto. La imparcialidad histórica lo prescribe así, por lo mismo que el pueblo español, llevado entonces de apasionadas impresiones, plausibles en el fondo, desfiguró de todo punto el carácter, y hasta el material retrato de aquel personage.

José Bonaparte, hermano mayor de Napoleon, habia nacido como él en Ajaccio (Córcega), en 1768. Dedicado en sus primeros años por sus padres al estudio del derecho y á la carrera del foro, desempeñó después un cargo en la administracion departamental de su pais. Pero destinado luego á ser el sosten de la familia, empleóse algun tiempo en el comercio de Marsella, donde casó con la hija de uno de los mas ricos negociantes de aquella ciudad. Acompañó mas adelante á su hermano en calidad de comisario en su primera campaña de Italia. Al compás que se elevaba Napoleon, se elevaba tambien José. En nuestra historia le hemos visto de embajador en Roma, cuando estalló allí la revolucion en que se proclamó la república, y en que fué muerto á manos del pueblo el general francés Duphot, de cuyos acontecimientos nos dió minuciosa cuenta nuestro embajador don Nicolás José de Azara. Vímosle mas adelante miembro del Consejo de los Quinientos en París, trabajando como

tál en los sucesos que prepararon el 18 brumario. Tomó luego asiento en el Senado. Hémosle visto tambien de embajador plenipotenciario en varios congresos de Europa, en cuyo concepto era casi siempre el que á nombre del gobierno consular francés firmaba los tratados de paz, como lo hizo con el de Luneville, con el de Amiens y otros. Cuando el famoso proyecto de desembarco en Inglaterra, Napoleon hizo á José ceñir la espada, dándole un mando militar; mas ni le llamaba su inclinacion á esta carrera, ni desplegó nunca talento de guerreño. Así, cuando despues de haber rehusado la corona de Lombardía que su hermano le ofreció, se le vió ir mandando en gefe el ejército destinado á la conquista de Nápoles, advirtiéndose y se dijo que su mando era honorario, siendo el verdadero gefe militar el mariscal Massena. Con mas aficion, conocimiento y aptitud para el gobierno de los negocios públicos, no desmintió estas prendas en el del reino de Nápoles á pesar de las turbaciones que no dejaron de agitar aquel estado en tanto que él le rigió.

De carácter afable el rey José; atento y cortés en el trato; bastante instruido; fácil, y aun elocuente en el decir, si bien mezclando en sus discursos y arengas con palabras y frases españolas, otras extranjeras, especialmente italianas, que solian escitar la sonrisa de los que le oían; no escaso de talento; versado en negocios; no censurable en sus costumbres, y animado de buenos deseos é intenciones, reunia prendas para

haberse captado la voluntad de los españoles, si no los hubiera cogido tan lastimados en su noble orgullo, si hubieran podido olvidar su ilegitimidad y la manera indigna y aleyosa como les había sido impuesto, si, lo que no era posible, España hubiera podido conformarse con el sacrificio de su dignidad. José en otras condiciones y con autoridad y procedencia mas legítima, por sus deseos y sus cualidades de príncipe habría podido hacer mucho bien á España. Antes que nosotros, lo han reconocido y consignado así escritores españoles de mucha cuenta, y nada afectos ni á la dinastía ni á la causa de los Bonapartes (4). Pero era tál el aborrecimiento que la conducta de Napoleon había inspirado al pueblo, que el vulgo, no viendo ni juzgando sino por la impresion del odio, solo veía en su hermano al usurpador y al intruso, y lejos de reconocer en él prenda alguna buena figurábasele un hombre lleno de defectos y de vicios. Alguna propension suya á los deleites bastó para que se le supusiera y pregonara como entregado á la crápula, se propaló que se daba á la embriaguez, y la plebe le designó para denigrarle con el

(4) Entre otros el conde de Toreno dice: «Comenzaremos por asentar con desapasionada libertad que en tiempos serenos, y asistido de autoridad, si no mas legítima, por lo menos de origen menos odioso, no hubiera el intruso deshonrado el sòlio, mas sí cooperado á la felicidad de España.»—Historia de la Revolución. lib. IV.—«Sentado en el

trono sosegado de la Península, dice otro mas moderno historiador, hubiera sin duda labrado la felicidad de los españoles, si estos se hubieran conformado, como otros pueblos, con el sacrificio de su dignidad, y si en el odio que Napoleon legó á inspirarles no hubieran envuelto á cuanto le pertenecía.»—Chao.

apodo de *Pepe Botellas*, pintándole en actitudes ridículas correspondientes á este vicio, y acabando por creerlo como verdad la generalidad de las gentes.

Aun siendo José agraciado de rostro, aunque sin la mirada penetrante y espresiva de su hermano, el odio popular llegó á desfigurar tanto su cuerpo como su alma, pintándole tuerto, y con este defecto físico se distribuían por todas partes retratos suyos, y se le hacía objeto de risibles farsas populares en las plazas y en los teatros: todo lo cual era acogido y celebrado por el vulgo con avidez, é influyó de tal modo en su descrédito y su desprestigio, que ayudó poderosamente á mantener vivo el odio á su persona y á su dinastía, y este espíritu fué un gran auxiliar para la lucha de armas que en este tiempo ardía ya viva por todas partes, como habremos de ver en el gran cuadro que en el siguiente libro comenzará á desplegarse á los ojos de nuestros lectores.

Pero cúmplenos todavía dar una idea mas completa del carácter y de las prendas de José Bonaparte; en lo cual sin duda diremos algo nuevo, ó por lo menos poco conocido de la generalidad de los españoles.

Tan pronto como José puso el pie en España, comenzó á acreditar que no era déspota ni sanguinario. Desde San Sebastian escribía el 10 de julio á Napoleon: «Aqui ha venido una diputacion de Santander á pedirme descargue aquella ciudad de una contribucion de doce millones que le ha sido impuesta. Yo

»creo que no se debe imponer ninguna contribucion
 »sin orden mia. Una ciudad entera no debe ser asi
 »castigada..... De este modo no ganaremos nada en
 »el espíritu del pueblo, y será imposible que las cosas
 »salgan bien en una nacion como ésta. ¿Es V. M. quien
 »ha mandado exigir esta contribucion? *¿Estoy yo auto-*
»rizado para disminuirla ó para relevar enteramente de
»ella á Santander, segun las circunstancias.....?»—Y
 desde Vitoria, á los dos dias, dando una prueba evi-
 dente de su recto juicio y de que conocia su posicion,
 le decia: «He llegado á esta ciudad donde he sido pro-
 clamado ayer. *El espíritu de los habitantes es muy*
»contrario á todo esto..... Nadie ha dicho hasta ahora
»toda la verdad á V. M. El hecho es que no hay un es-
»pañol que se me muestre adicto, á escepcion del corto
»número de personas que han asistido á la junta, y que
»viajan conmigo. Los demás, segun van llegando delante
»de mí á esta ciudad ó á otros pueblos, se esconden, es-
»pantados por la opinion unánime de sus compatriotas.»

En Burgos fué aun mas explícito, y retrató perfectamente su carácter, su despreocupacion y sus sentimientos humanitarios, escribiendo á Napoleon lo siguiente: «Parece, repito, que nadie os ha dicho la
 »verdad exacta, y yo no debo ocultárosla .. No creais
 »que el miedo me hace ver visiones. Al dejar á Nápo-
 »les he entregado mi vida á las eventualidades mas
 »azarosas: desde que estoy en España me digo todos
 »dias: «Mi vida es poca cosa, y os la abandono.» Mas

»para no vivir con la vergüenza que acompaña el mal
 »éxito, son menester grandes medios en hombres y di-
 »nero. Solo entonces la facilidad de mi carácter me po-
 »drá captar algunos partidarios. Hoy, y en tanto que
 »todo sea dudoso, la bondad parece cobardía, y estoy
 »dispuesto á parecer menos bueno. Para salir lo me-
 »jor posible de esta tarea repugnante á un hombre des-
 »tinado á reinar, es preciso desplegar grandes fuerzas,
 »á fin de impedir mas sublevaciones, *y que haya me-*
»nos sangre que verter y menos lágrimas que enjugar.
 »De cualquier modo que se resuelvan los negocios de
 »España, *su rey no puede hacer mas que gemir, porque*
»hay que conquistar por la fuerza; pero en fin, pues
 »que la suerte está echada, será preciso prolongar los
 »trastornos lo menos posible. *No me asusta mi posicion,*
»pero es única en la historia: no tengo aqui un solo par-
»tidario.....»

Ni le deslumbró su fácil entrada en la capital del reino, ni le fascinó verse proclamado rey de España. Al contrario, no solo comprendió, como el hombre de mas claro y mas recto juicio, el estado verdadero de la nacion y de la opinion pública, no solo seguia reconociendo lo crítico de su posicion, no solo se lamentaba en el seno de la confianza de los excesos de los generales y del mal comportamiento de las tropas francesas para con el pueblo, sino que vió claro el error cometido por el emperador su hermano, pronosticó que sus glorias se eclipsarían en España, y lo

que es más, tuvo la franqueza de decírselo. En carta escrita el 24 de julio desde Madrid le decia entre otras cosas lo siguiente:—«El estado de Madrid continúa siendo el mismo; prosigue la emigracion en todas las clases..... Enrique IV. tenia un partido; Felipe V. no tenia sino un competidor que combatir; y yo tengo por enemiga una nacion de doce millones de habitantes, bravos y exasperados hasta el extremo. Se habla públicamente de mi asesinato; pero no es este mi temor. Todo lo que se hizo aquí el 2 de mayo es odioso; no se ha tenido ninguna de las consideraciones que se debian tener para con este pueblo. La pasion era el ódio hácia el príncipe de la Paz; aquellos á quienes esta pasion acusa de ser sus protectores le han heredado, y me han trasmitido este ódio. La conducta de las tropas es propia para mantenerle..... Debo repetir lo que tantas veces he dicho ya y escrito á V. M.; pero no teneis confianza en mi manera de ver. Sean los que quieran los acontecimientos que me aguardan, esta carta recordará á V. M. que yo tenia razon.—Si Francia puso sobre las armas un millon de hombres en los primeros años de su revolucion, ¿por qué España, aun mas unánime en su furor y en su ódio, no podrá poner quinientos mil, que serán aguerridos y muy aguerridos en tres meses?—Necesito, pues, antes de tres meses cincuenta mil hombres y cincuenta millones.—Los hombres honrados no me son mas afectos

»que los pícaros. No, señor; estais en un error: vuestra gloria se hundirá en España. Mi tumba señalará vuestra impotencia; porque nadie dudará de vuestra afeccion hácia mí. Todo esto sucederá, etc.»

Estas cosas, dichas confidencialmente y en correspondencia privada de hermano á hermano, repetidas después en otras cartas, que tenemos á la vista, y que no copiamos por no fatigar á nuestros lectores ⁽¹⁾, estos desahogos del corazon espresados con la sinceridad del que habla en el seno de la intimidad y bajo el seguro del secreto, revelan perfectamente y de un modo auténtico el carácter, las condiciones, los sentimientos, la claridad de juicio del hombre á quien Napoleon habia destinado, sacrificándole, á ser rey de España, y sobre quien el pueblo en su justa irritacion y en su apasionado modo de juzgar, habia formado un concepto tan equivocado.

(1) Las que hemos citado están tomadas de las *Memorias del rey José*, publicadas por A. Du Casse, preciosa coleccion de documentos, en diez volúmenes, interesantes para la historia de España en el período que examinamos. Creemos que así el conde de Toreno, como otros historiadores de la guerra de la independencia que nos han precedido, y que no pudieron conocer esta obra, dada á luz muy recientemente, en 1854, habrian retratado con mas estension y en el mismo sentido que nosotros lo hacemos, el carácter y cualidades del rey intruso, si hubieran tenido á la vista la interesante y copiosa correspondencia á que nos referimos, y de que solo hemos hecho hasta ahora ligeros extractos.